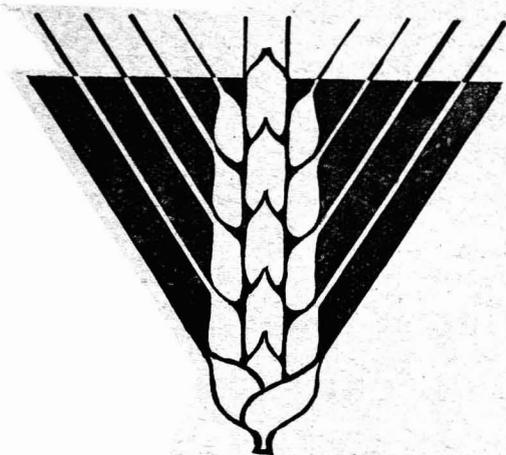


EL GRANO



EN LA ESPIGA



CREACION Y BIOGRAFISMO

ES un fenómeno perfectamente comprobado, no sólo por aquellos que al tanto de los acontecimientos de la cultura, procuran estar al día y ocurren —a veces con demasiada frecuencia— a los expendios de libros, lo del auge extraordinario de las biografías de nuestro tiempo. Parece como si el alma nuestra, exhausta ya en la plasmación del diario milagro de la vida y en el ejercicio constante de la anotación de lo fundamental, cuya mejor fuente es lo individual interno, más bien quisiera atenerse a las experiencias de las vidas ajenas, y en una forma puramente exterior (intelectual) dijera saberlo todo por enunciaciones y relatos.

Esta, al menos, es la explicación más frecuente y que se nos viene a la mano, por así decirlo, sin pesar debidamente los profundos motivos en los que se nutre la creación del género biográfico, en cuanto nos acomete una interrogación—la más sencilla—sobre el por qué de su nacimiento y la causa de su enorme difusión. Pues claro que causas más profundas animan su creación, y aunque en verdad entran un poco el cansancio y el vacío actuales, también resulta evidente lo de la formidable eficacia de este género literario, que precisamente en los momentos de la muerte de todas las abstracciones, hace posible el sostenimiento de las fundamentales normas morales, no a base de enunciados, sino justamente dando a mostrar los modelos más altos, en una forma flúida y viviente.

Así, pues, el caso, advertido primeramente bajo signos negativos, recobra a la vista de un se-

Por VICENTE MAGDALENO

gundo reconocimiento una valencia de nobilidad, en el sentido que representa una de las pocas posibilidades creadoras del espíritu contemporáneo, el cual, enterado en su esencia de la total bancarrota de los símbolos, los cuales han pasado a ser letra muerta o casi muerta, advierte igualmente la necesidad de traer al hombre de nueva vez la prédica de la significación del hombre, no con propósitos de narcisismo espiritual, sino con la mira de hacer patente la potencia de la persona interior, la cual no debe, en ningún caso, sufrir menoscabo alguno ante las destrucciones, puesto que si ella creó tales símbolos e ideó todas las doctrinas, hoy como mañana será capaz de semejantes milagros, siempre y cuando permanezca leal en todo a las fuerzas creadoras de la historia.

Este y no otro es el sentido que mueve a la creación de las mejores biografías de la época. Y la frente generosa de Romain Rolland reclama puesto en la contribución positiva de su tiempo, aunque la legión de los imitadores vulgarice, con miras mercantiles, sus fundamentales esfuerzos biografiistas. Y lo propio hay que decir, con cierta medida, de los Ludwig, los Murois y los Swaig, gracias a los cuales vive íntegro en nuestro espíritu el genio de Miguel Angel, de Beethoven, de Nietzsche y Dostoiewski, de Bolívar y de Disraeli.

Y en este sentido, igualmente, y a su ejemplo, es de ver cómo cada nación y cada tiempo, para

fundamentar las bases de su acción y prestar los materiales—humanos y geniales—del hombre, saben hablarle a éste, sin conceptos, de los grandes fines de los antepasados, todo con objeto de hacerle hallar un arraigo firme en el suelo, espiritualizando así, parejamente, los más fuertes anhelos de desplazamiento nacional y económico.

¿Habrà que decir todavía de los propósitos que conducen a la Universidad Nacional, cuando intenta ésta llevarnos al hallazgo del genio de México, por medio de la prédica—individualista y colectivista—del ejemplo de sus personalidades mayores, con la publicación de brevísimas biografías consagrada al pueblo.

La Tristeza Americana

Por JOSE VASCONCELOS

Ofrecemos esta interesante consideración, que forma en uno de los capítulos del libro "Bolivarismo y Monroísmo", de JOSE VASCONCELOS. Cargos, como el más reciente de Keyserling, de la llamada tristeza americana, son vistos y a la vez considerados desde un más amplio ángulo, por la pupila alerta en favor de los intereses de nuestro Continente, del gran ideólogo mexicano.

MAS insistente que el cargo exagerado de la incurable monotonía de la pampa, es el tema de la soledad que se supone endemia de estas regiones australes. Monotonía y soledad, en todo caso, resultan estados de ánimo propios del visitante y del viajero, nunca del nativo. Por lo mismo, caemos en sugestión ingenua cada vez que repetimos que es triste el panorama local y que le falta cordialidad. ¡No nos conformamos con pensar o repensar las ocurrencias del europeo, sino que hemos de imitarle incluso lo inimitable: la sensibilidad! Y porque algún esteta de los bulevares desembarca fatigado y bosteza, sin haberse dado cuenta de que vivió en Río de Janeiro la mejor estampa del Universo, ya también nosotros estiramos el gesto y nos sentimos anegados de spleen. William James se hubiera regocijado de vernos así, confirmando su endeble tesis sobre el origen de las emociones. Pero ya es tiempo de advertir que semejantes posiciones literariosimiescas no son otra cosa que contagio de las pequeñas infecciones espirituales que también suelen acarrear los barcos y no sólo las ratas de la bubónica. Ya es tiempo de que alguien se ocupe del exterminio de los microbios que vienen de fuera, dado que ya tenemos bastante con las propias dolencias. Procuremos tratar al yodoformo la tesis de la soledad de Buenos Aires, Santiago, Lima o México.

Por regla general es el hombre un ser vigoroso que lleva en torno suyo el ambiente y lo impone por donde va, pero no faltan anémicos que se sienten inquietos y solitarios con el menor cambio de la atmósfera usual. Es natural, por lo mismo, que algunos europeos de poca enjundia se sientan solos y tristes, inútiles para la pasión de lo nuevo,

a la media hora de desembarco en Buenos Aires o en Río. El prejuicio de que vienen a enseñar y no a aprender, les impide darse cuenta de que aquella soledad que adivinan tras el caserío europeo cuenta, por lo menos, con la ventaja de limpieza inmensa. Leguas de espacio para cada pulmón. Y más árboles que gentes. Con qué regocijo mirarían sus ojos, respirarían sus pulmones si no trajesen ya en la mente ese estado pretuberculoso de sus grandes aglomeraciones y colmenas de la urbe que se derrama devorando campiñas, ensuciando el planeta de humanidad. En cambio, nosotros, con qué íntimo orgullo pisamos la tierra del desembarco, sintiéndole el ritmo impelente, de signo contrario al ritmo sedante de Europa. Clima de sanatorio aquél, y éste casi un campo de batalla. Región de la conquista que aún no concluye. ¿De dónde, pues, nos ha de resultar a nosotros la tristeza por el retorno?

Al contrario, es en la propia nación donde cada quien se siente dichoso y acompañado, porque sólo en ella desarrollamos con plenitud el acervo de nuestras capacidades. Y no puede haber soledad donde una empresa cualquiera nos liga con algún semejante. El mismo amor sexual, vale más por la compañía en la tarea de la familia que por el placer fugitivo del encuentro. La tarea común es lo que ata a los hombres y les enciende la simpatía. Los que se juntan para divertirse, a la larga se aburren. En cambio, una faena cualquiera, un trabajo productivo o creador, nos junta a todos en la alegría. La soledad y la tristeza, por eso mismo son propios de los sitios en que nos quedamos al margen de la tarea colectiva. El ser nada más que espectador es lo que aburre y fatiga de la permanencia en territorio extranjero. Soledad es estar de inútil, aunque nos acompañen familiares y amigos. Por eso Europa nos cansa y nos amarga el carácter; no hay en ella sitio para nuestra acción. Y por eso acabamos por sentirnos más tristes en París que en el Putumayo o en La Quiaca.

Muy interesante es un país mientras dura el curso del estudiante o la excursión turística, pero apenas la estación se prolonga, nos cae encima la convicción, que se convierte en remordimiento, de que estamos allí de más. Y por lo mismo que admiramos la vida plena del artesano, del profesor o del artista, quisiéramos liquidar la espera para llegar cuanto antes al sitio amado de la patria, amado porque en él podremos ser cabales artesanos, cultivadores o artistas. Nostalgia de América nos acongoja, imaginando las tareas gloriosas que en estas tierras aguardan el fervor de los genios creadores. Ansía de traducir lo que vemos, pero en lo que tiene de esencial, que es su crear. Lo que podrá conducirnos aun a contradecir, pero rara vez, casi nunca, a imitar. Y prisa de un retorno sin nostalgias de viaje, porque estuvimos fuera lo bastante para darnos cuenta de la tragedia del meteco. El meteco ha olvidado su lengua y gesticula en el idioma adquirido. Toda la tristeza de París encarna en esas multitudes de rentistas pequeños o grandes que acuden de cada rincón de la tierra, con su vida liquidada y la bolsa repleta. Y se apresuran droguistas, modistos, médicos y hoteleros, a prolongar la agonía de los